

monjas y quince clérigos...» (pág. 66).

Tal es la severidad con la que actúa la Inquisición que hacia mediados del siglo XVI no existen españoles judaizantes nativos. Muchos han perecido en la hoguera, otros han huido al extranjero. El resto ha sido totalmente asimilado.

En España, el Santo Oficio elabora para su propio uso una serie de manuales que con pocas variaciones se copia en Portugal. El proceso es secreto, hecho que provoca la difusión del pánico; tanto los testigos, los acusadores como el propio acusado juran guardar el secreto. Cualquier infracción a este respecto se castiga como la propia herejía. Este sistema favorece las denuncias más viles, algunas motivadas simplemente por rivalidad personal. Los gastos del encarcelamiento (casi siempre de varios años) corren a cargo de la víctima, por ello aun los absueltos se arruinan. Cuando comienza la causa, todos los bienes son confiscados; si el reo resulta culpable, pasan al Santo Oficio, «que no carecía así de ningún aliciente para pronunciar un veredicto de culpabilidad» (pág. 84). La base del proceso consiste en lograr que el acusado reconozca sus crímenes; después de su arrepentimiento se lo admite como penitente. No importa que el cuerpo sufra, ya que hay que salvar el alma. Ni siquiera el embarazo es causa suficiente para la supresión de este método. En estas condiciones es fácil deducir que las declaraciones de culpabilidad son muchas. Las penas se jerarquizan desde la hoguera hasta el pago de multas, pasando por flagelaciones en público u otras humillaciones. Pero no sólo se castiga al individuo; una serie de prohibiciones caen sobre su familia durante varias generaciones. Quedan excluidos de todos los cargos públicos y religiosos, deben vestir de cierta manera y no montar a caballo. Si la descendencia olvida esta pena, cae otra vez en las garras inquisitoriales.

De todas las víctimas del Santo Oficio, pocas son las que llegan a la pira confesando su judaísmo. La lista de los «culpables» es colocada en las iglesias para permanente humillación de sus herederos. Estos recordatorios desaparecen a comienzos del siglo XIX, cuando la Inquisición es abolida. «Durante el curso de los siglos XVI y XVII el auto llegó a considerarse en la Península y sus dependencias como un gran espectáculo público que rivalizaba en atractivo para el pueblo con las corridas de toros» (pág. 98).

Amador de los Ríos estima que hasta 1525 en España el número de los quemados en persona es de 28.540; los quemados en efigie, 16.520; y el de los penitentes, 303.847, lo que hace un total de 348.907. Similares cifras se dan para Portugal. «Las víctimas de la Inquisición fueron reclutadas en todas las veredas de la vida y en todos los sectores de la sociedad, desde los más elevados a los más bajos. Hubo entre ellos sacerdotes y nobles, poetas y hombres de Estado, monjes y frailes, recaudadores de contribuciones, mendigos, comerciantes, artesanos, pasteleros, buhoneros, escribanos, procuradores, libreros, profesores, estudiantes universitarios, mujeres incultas, niños recién salidos de la escuela, ancianos con un pie en la sepultura, caballeros de las distintas órdenes militares, aristócratas emparentados con las más nobles familias del país» (pág. 105).

Las ideas populares de un judaísmo clandestino, totalmente apartado del mundo exterior pero estrictamente fiel a sus creencias y a sus ritos, es falsa. Sin instrucción, aislados y perseguidos, les es imposible sostener la riqueza de sus tradiciones. Hasta el siglo XVI la fuerza del judaísmo se mantiene potente, si bien el ritual se restringe por miedo. Después, esta lealtad se hace excepcional aunque algo persiste.

El centro del comercio mundial en el siglo XVII se traslada de la Europa meridional a la septentrional, gracias a la intolerancia religiosa. También para la propia comunidad son importantes los marranos pues resultan precursores de la literatura vernácula, los primeros en abandonar la tradicional vestimenta y en adoptar en la sinagoga reglas de decoro y armonía. Se puede decir de los marranos de la Diáspora que son los «primeros judíos modernos».

Los conversos que escapan de la Inquisición se esparcen por todo el mundo y vuelven al judaísmo. Por eso aun hoy se encuentran comunidades españolas o portuguesas en los sitios más apartados. Su radicación da prosperidad a muchos países. Gran número de familias importantes son internacionales porque sus miembros están establecidos en distintas naciones.

Libro clásico de lectura obligada porque un pueblo que no conoce su historia no puede asumirla y mucho menos corregirla hacia el futuro. España es cristiana, pero también musulmana y judía, característica que la enriquece. Cecil Roth es el primer

historiador que divulga desde una postura ampliamente documentada y auténticamente objetiva los aspectos más crueles de este drama que va más allá de lo religioso. ■ **MARIA VICTORIA REYZABAL.**

**«Si mi pluma
valiera tu pistola»**

LA GUERRA CIVIL, COM- PENDIO Y SUMA DE INIQUIDADES

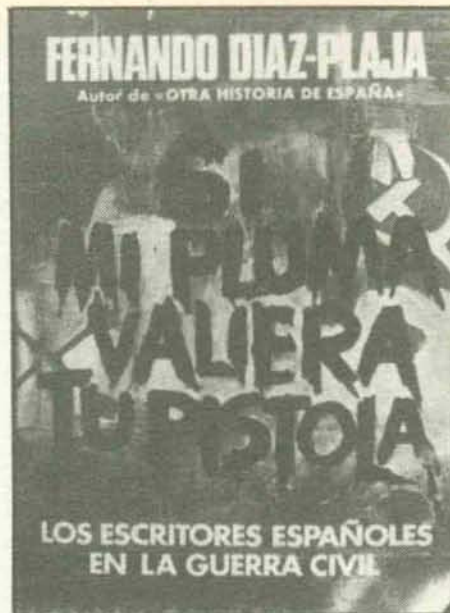
A PARTE de su dilatada labor como novelista, biógrafo, historiador y ensayista, Fernando Díaz-Plaja ha recopilado a fuerza de años de búsqueda y hallazgos en archivos, bibliotecas, publicaciones especializadas y periódicos, una copiosa e interesante documentación que ha dado a luz en ocho volúmenes distintos agrupados bajo el título genérico de **La Historia de España en sus documentos**. Se trata de una valiosa serie en que recoge centenares de documentos capitales, ignorados o simplemente curiosos, de épocas muy diversas de la vida pública española, esencialmente del medio siglo largo transcurrido desde la instauración de la Dictadura del general Primo de Rivera hasta el momento actual, pasando por la Segunda República, la guerra civil y el franquismo. A este trabajo, cuya importancia desde el punto de vista de divulgación histórica merece los más cálidos elogios, ha sumado últimamente otra antología de diferente sentido y orientación en la que, editados bajo el título intencionado de **Si mi pluma vales tu pistola**, recoge textualmente doscientos setenta artículos, ensayos y crónicas de ciento veintidós escritores españoles publicados entre 1936 y 1939. Casi iguales en extensión los trabajos aparecidos en una y otra zona, existe una ligera diferencia en el número de autores: sesenta y cinco franquistas frente a cincuenta y siete republicanos.

Apasionante, curiosa y en algunos

extremos sorprendente esta nueva antología recogida y publicada por Fernando Díaz-Plaja, viene a demostrar de nuevo una verdad tan antigua que para muchos se ha convertido en tópico carente de todo significado intrínseco: que si todas las guerras son espantables, ninguna supera en barbarie y salvajismo a las de carácter civil. No sólo —que ya sería suficiente— por su mayor encarnizamiento y crueldad, sino porque la nación dividida sufre y pierde moral y materialmente con los dos bandos en pugna. (Hasta las últimas guerras mundiales el país vencedor en una lucha internacional podía —y solía— compensarse con los despojos de los vencidos; en las peleas fratricidas, en cambio, al ser hermanos los contendientes las pérdidas integras recaen sobre la propia familia desgarrada entre triunfadores y derrotados, sin posibilidad alguna de compensación.)

Con absoluta independencia de la originalidad de las ideas y de la brillantez de su exposición, entristece y conturba leer la mayoría de los trabajos incluidos por Díaz-Plaja en **Si mi pluma valiera tu pistola**. Duele en lo más íntimo comprobar que hombres de clara inteligencia pierdan la serenidad, la ponderación y la calma e impulsados por el rencor y la ira caigan en los lamentables excesos de deformar la verdad, recurrir al insulto soez e incluso abogar públicamente por el exterminio físico del contrario. Que filósofos, novelistas, dramaturgos, poetas o simples cronistas parezcan unánimemente empeñados en impedir apagar el incendio antes de que las llamas consuman el país entero, constituye un espectáculo deprimente y bochornoso.

Lo más sensible del caso, siéndolo tanto en cualquiera de sus aspectos, es que no existen grandes diferencias en este punto concreto entre unos y otros. Todos reaccionan en forma semejante, con igual violencia y parecido fanatismo. Tan apasionado, virulento e intransigente resulta Agustín de Foxá como José Bergamín, Concha Espina como Margarita Nelken, Juan Pujol o Víctor de la Serna como Segundo Serrano Poncela. Nada en su forma de expresarse, en su comportamiento en una hora crítica de nuestra vida pública tiene no ya justificación, sino ni siquiera explicación, examinado con frialdad ahora, cuarenta y tantos años después. Lo tenía —y lo tuvo— aunque nos avergüence tener que reconocerlo, en medio de la explosión de odios y rencores cainitas



que a todos por igual arrastran, nublándoles la razón, aflorando los más bestiales instintos y convirtiendo al hombre en auténtico lobo para el hombre. Si a posteriori, muy a posteriori, es fácil caer en la tentación de arrojar la primera piedra sobre los culpables, cada uno debe hacer antes examen de conciencia y preguntarse si colocados en parecidas circunstancias no hubiesen reaccionado en forma parecida. Yo personalmente lo hice algún tiempo atrás y en el prólogo de un libro en que contaba una dolorosa experiencia vivida por mí, decía textualmente: «Al relatar un calvario ya pasado, una dantesca pesadilla difuminada entre las brumas de un ayer lejano, únicamente pretendo resaltar los lamentables excesos a que conducen la incomunicación, el odio y la intolerancia. En realidad, en toda gran tragedia colectiva tan dignos de lástima son las víctimas como los victimarios, los reos como los verdugos. En la nuestra, todos fuimos por igual inocentes o culpables, porque a todos nos arrastró un huracán de pasiones frente al cual nada podía la voluntad individual de cada uno».

Toda la tragedia que expresan y traducen los doscientos setenta trabajos recogidos en su libro por Fernando Díaz-Plaja es consecuencia directa e inevitable de una guerra sin la cual la terrible barbarie no se habría producido. Lo que entonces escriben ciento veintidós autores españoles de las más diversas tendencias políticas no pasa de ser un espejo que refleja el clima de intransigencia que acompaña y envuelve a todas las guerras con su correspondiente secuela de heridas sin cicatri-

zar, pasiones desbordadas, rencores y monstruosidades. De conformidad con el consejo del dásico, importa más arrojar la cara que el espejo; o lo que es lo mismo, impedir y evitar las guerras, especialmente las civiles, que empujan a los pueblos a cometer las salvajadas, que los escritores de este libro cantan o cuentan. Y en este caso concreto, y por lo que respecta a España, acaso convendría recordar que las cuatro guerras civiles padecidas por nuestra patria en poco más de un siglo —de 1833 a 1939— fueron en todos los casos preparadas, iniciadas y desarrolladas por las fuerzas conservadoras y reaccionarias. (Tampoco estaría de sobra recordar que si en la cuarta de estas contiendas, única que ganan las derechas, la persecución marginadora de los vencidos se prolonga durante siete largos lustros, en las tres anteriores no ocurre nada parecido y los generales carlistas alcanzan los más altos grados en el ejército liberal: Zariquiere es director general de la Guardia Civil, Urbiztondo ministro de la Guerra y Cabrera ve reconocidos sus grados, honores, títulos y pensiones por Alfonso XII.)

Con absoluta imparcialidad y sin pretender cargar las culpas sobre nadie, parece curioso señalar un hecho sorprendente: que sean precisamente los humoristas oficiales —Julio Camba y Fernández Flórez, por ejemplo— quienes más se exceden en los insultos y en la petición de castigos inexorables y que haya periodistas —concretamente, Francisco Casares— que no sólo durante la guerra, sino muchos lustros después, viven obsesionados porque ninguno de sus compañeros de profesión que trabajaron en la zona republicana pudiera librarse del presidio o de la ejecución, olvidando que si muchos informadores de derechas sorprendidos en Madrid por el comienzo de las hostilidades pudieron pasar a la otra zona, merced a la intercesión de las legaciones extranjeras, ni un solo periodista republicano gozó de tantas facilidades para abandonar Zaragoza, Granada o Sevilla. Incluso cabe señalar que quienes se beneficiaron del asilo diplomático —que no tuvo contrapartida en la zona nacional— figuran entre los más intransigentes, fanáticos y virulentos.

Examinando la larga lista de escritores de uno y otro bando, cuyos trabajos se recogen en **Si mi pluma valiera tu pistola**, cabe subrayar un fenómeno curioso: que si son varios los que, franquistas al iniciarse la

contienda, evolucionan hasta aparecer hoy en posiciones liberales en franca oposición a las que defendieron durante la guerra —y Pedro Lain Entralgo constituye una excelente demostración—, no parece que ni uno solo de los cincuenta y siete republicanos cambiase de manera de pensar una vez terminadas las hostilidades, pese a que muchos de ellos sufrieron interminables años de presidio o destierro, y no pocos perecieron víctimas de las privaciones y penalidades.

Antes, y por encima de todas estas curiosidades, el libro de Fernando Díaz-Plaja tiene para mí un mérito sobresaliente: el de mostrarnos el horror a que conducen las guerras y muy especialmente las civiles, compendio y suma de todas las iniquidades imaginables. Aunque el hombre sea el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, abriguemos la esperanza de que los españoles no volvamos a caer, por quinta y definitiva vez, en tan espantable abismo. ■ **EDUARDO DE GUZMAN.**

EL LEGADO DEL SIGLO XIX EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS

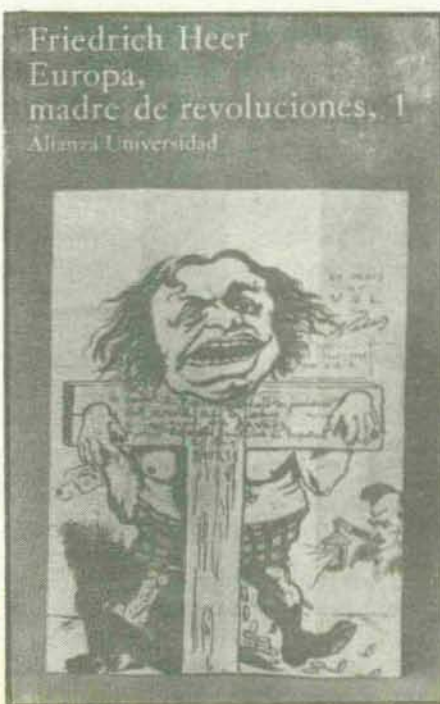
DESDE hace algunas décadas, la presencia de una «historia de las ideas», comenzó a desarrollar una corriente historiográfica que lleva implícita interrogaciones y dilemas de notoria suscitación europea. Esta corriente no es atributaria de temas de carácter exclusivo; muchos de los puntos que atraen su atención también han interesado, y siguen haciéndolo, sin duda, a la historiografía más tradicional. Pero toda dirección emprendida como vía especializada por un enfoque histórico termina por subrayar los escollos que encuentra en su camino, y aquello que de intromisivo y deformante tienen éstos para la buena marcha de las investigaciones. Importa, además, señalar que en cierta forma esta disciplina no ha alcanzado aún reconocimiento oficial, y suele verse surcada por senderos que provienen

de la historia de las formas literarias, o la historia de las sociedades, sin olvidar el núcleo tan henchido de significación que es el pensamiento político.

Un haz de principios renovadores, que con frecuencia son el desarrollo y la explanación de aquellos surgidos en las primeras corrientes doctrinarias de los tiempos modernos, cobraron forma en la filosofía política del siglo XVIII y resultaron expresamente difundidos, con el ímpetu de lo nuevo y combativo, en ese manifiesto de la razón que fue la Enciclopedia. Desde allí, desde esa plataforma doctrinaria que fue el primado de la razón, se impuso una idea del hombre que pudo cobrar forma definitiva y que tendría la virtud de provocar la alarma de los sectores más conservadores, así como de muchos de aquellos que había propagado con entusiasmo los nuevos principios y advirtieron de pronto la magnitud de las innovaciones que los mismos impulsaban.

Así, desde ese cambio operado por los sectores ilustrados, hace su entrada en el siglo XIX un núcleo de ideas que abre un ciclo de mutaciones históricas extendido hasta nuestros días. El libro de Friedrich Heer (1), que en señalable esuferzo editorial, y con excelente traducción de Manuel Troyano de los Ríos acaba de dar a conocer Alianza Universidad, apunta, justamente, a proporcionarnos una completísima y profunda visión del mundo de ideas

(1) Friedrich Heer, *Europa, madre de revoluciones* (2 vols.), Madrid, Alianza Universidad, 1980.



que se agita y desarrolla durante el siglo diecinueve.

Aunque en rigor no puede concebirse la revolución francesa sino como un resultado del siglo XVIII, cierto es que ensaya poner en práctica las ideas maduras en la Ilustración, y surgen de ella, a la vez, algunas líneas que se insertan en la compleja trama del siglo XIX. Pero no debe olvidarse que comparte su sitial con otra revolución cuya trascendencia no ha sido menos significativa para el futuro, como aquella denominada revolución industrial, iniciada en el último tercio del siglo XVIII, y cuya marcha es paralela al ciclo político de las revoluciones. Revolución política entonces, y revolución técnica y económica, son dos de las manifestaciones más visibles de esa transformación que abre el siglo decimonónico.

Sin embargo, uno de los síntomas más intensos del extraordinario cambio que se estaba produciendo en la esfera del pensamiento y la sensibilidad, fue el movimiento romántico, por lo que llevaba de implícito rechazo de la exageración de unos principios proyectados a sus últimas consecuencias por el mundo de la ilustración. Este romanticismo supone una reacción, y como toda reacción adquiere tonos conservadores en su primera fase. Exaltación del cristianismo, adhesión al nacionalismo sublimado, idealización de una Edad Media aún poco redescubierta por cierto, son las primeras posturas del romanticismo. Pero, en definitiva, la revolución romántica no se resigna tampoco a rechazar totalmente el legado de 1789, e intenta refundir ambos: tradición y revolución. La segunda generación de románticos ya es liberal; y de ella saldrán los hombres que propagan con fervor los ideales del socialismo utópico, una instancia histórica de dramáticos antagonismo, abre entonces la primera mitad del siglo. Anota Heer: «Estos dramas mueven a fijar la atención sobre la estrecha relación dialéctica en la que se encuentran recíprocamente los adversarios y los principios, los movimientos de avance y de retroceso en nuestro siglo XIX: romanticismo y revolución, revolución y contrarrevolución, revolución y reacción, "derecha" e "izquierda", progreso y regresión, modernidad y barbarie, se confunden frecuentemente en el espíritu de un mismo individuo».

Este es, precisamente, uno de los grandes problemas señalados en las discusiones internacionales entre historiadores en los últimos tiempos: